

Fragmento
El penúltimo sueño
Ángela Becerra

premioazorín'05



ÁNGELA BECERRA
El penúltimo ~
sueño

 Planeta

 Planeta

Yacían en el suelo con la inequívoca sonrisa del amor en sus labios; entrelazados en un abrazo solemne y silencioso; con sus trajes immaculados de novios primerizos, de blanco hasta los pies vestidos.

Tuvieron que derribar la puerta a golpes, alertados por las voces que dieron los vecinos al extrañarse del silencio y la inactividad del recinto. Hacía algunos días que Joan Dolgut no bajaba a comprar el pan, ni se escuchaban las notas de su lánguido piano, a las que ya todos vivían acostumbrados. Debían llevar tendidos en el suelo de la oscura cocina dos o tres días, pero sus cuerpos aún conservaban el calor frío del amor perdido.

Con el enarbolado atardecer que se filtraba por las persianas del pequeño apartamento, toda la atmósfera era un manto rojo ahumado.

El inspector Ullada y su ayudante empezaron a hacer las fotos de rigor, y la paz de los muertos fue perturbada por los flashes que a diestra y siniestra los fueron invadiendo; para el fotógrafo ocasional de homicidios eran sus primeras fotos de novios. Una marcha nupcial se repetía ad infinitum en un viejísimo tocadiscos. Conchita Maredeu, que había sido la vecina de toda la vida, fue la única que habló desde la puerta, pues la policía ya había sellado el paso con cintas adhesivas mientras avisaban a los familiares.

La mano pétrea de la novia aún sostenía el ramo marchito de rosas virginias que Joan había encargado para ella, en riguroso secreto, a su amigo florista de las Ramblas. Todavía se podía sentir el olor inconfundible a gas que había emanado a chorros del horno abierto. Lo único que tocó Ullada fueron las ventanas, cerradas a cal y canto con todos los pestillos; al abrirlas, una ráfaga de viento liberador limpió el lugar de vahos de muerte, despeinando la melena blanca de la novia, desteñida por la vejez y la tristeza de tantos años perdidos.

Conchita afirmaba contundente no haber visto nunca a nadie visitando a Joan Dolgut, y eso que el ojo de su puerta estaba gastado de tanta chafardería, pues si de algo se vanagloriaba era de saberlo todo de todos; era conocida como la Sherlock del barrio.

Nunca había visto a la muerta ni sabía de su existencia. No pertenecía al barrio, ni a la parroquia, ni a ninguna cercanía del Born.

Una vez que terminó de repetir el mismo cuento, el inspector, cansado de tratar de contener su desaforada curiosidad, la mandó a su casa entregándole una tarjeta para que lo llamara si recordaba algo.

Cuando estaba a punto de emprender la gran pesquisa por el apartamento, un Mercedes gris plomo conducido por un chofer con gorra y guantes se detuvo enfrente del edificio, dejando a un hombre elegantísimo que bajó con cara contrariada mirando el reloj; el percance lo había hecho suspender la asamblea de accionistas. Ullada alcanzó a verlo desde la ventana y entendió que en pocos segundos lo tendría delante. «Éste debe de ser el hijo del finado —pensó—. Vaya si tiene pasta... y de la dura.»

La opulencia ostentosa del hijo no le cuadraba con el humilde piso que se disponía a investigar.

El inspector recibió a Andreu Dolgut, y antes de llevarlo a la cocina, lo preparó para lo que iba a ver.

El largo velo de la novia salía de la cocina y se extendía por la sala, cubriendo íntegramente el piso. Metros y metros de tul finísimo, bordado con maestría, parecían cascadas de ilusiones derramadas sobre el parquet. Había sido la misma Soledad Urdaneta quien había decidido bordarse su propio velo en las largas noches de insomnio, desempolvando sentires mientras hilvanaba agujas que luego florecían en margaritas.

La estancia estaba impecable; todo en su sitio y preparado para un pequeño agasajo. Sobre la mesa del comedor encontró una bandeja con copas de champán aún por llenar; en la cubitera, flotando en agua, una botella sin descorchar de Codorníu; y una tarta de tres pisos vestida en pastillaje blanco, tal como quería Soledad, con sus novios de azúcar coronando la cúspide.

Era la primera vez, en muchos años, que Andreu Dolgut ponía los pies en aquel piso y se dignaba ver el solitario refugio de su anciano padre. Tanto había repudiado la pobreza que había soportado en su niñez, que cuando empezó a ganarse bien la vida abandonó todo lo que le recordaba a aquello, incluso a su propio padre. Sentía vergüenza hasta de su apellido; había llegado a fantasear con un ilustre Bertran i Montoliu, pero terminó por entender a regañadientes que el apellido no tenía nada que ver con la dignidad y, sin hacer nada, acabó convertido en Andreu a secas.

Ahora, volvía a encontrarse con su pasado. De la pared colgaba aquel viejo reloj de cuco que en su infancia le marcaba las horas de la cena, el recreo y el sueño. A pesar de haber estado hasta los catorce años con su padre, lo desconocía todo de él. Habían vivido en un respetuoso silencio

que nunca les había permitido comunicarse con sinceridad. Cuando su madre murió, al dar a luz a una hermanita que duró lo que el parto, la casa dejó de estar viva; era ella quien de vez en cuando cantaba y lo hacía reír; quien lo hacía soñar con ser un gran empresario de coche fino, modales pausados y hoteles de lujo. Lo llevaba al Liceu, a escondidas del padre, sólo para que observara los abrigos de visón, las pajaritas y la parafernalia de la aristocracia, aupándole aún más sus desmesurados sueños. Al morir ella, su obsesión lo convirtió en botones del hotel Ritz y en estudiante nocturno de cuanto curso había; se hizo lector insaciable y autodidacta brillante. Allí fue conociendo los tejemanejes de las altas esferas, y con maestría fue colándose en los sentimientos de los solitarios magnates hasta introducirse en el mundo de los negocios, primero como aprendiz y luego como mandamás. Ahora era presidente de una gran multinacional de perfumería, y aunque lo tenía todo, su expresión agria y ceñuda lo delataba.

Fue apartando el velo, cuidando de no pisarlo, y recorrió el largo pasillo hasta llegar a la cocina. Una vez allí, se le revolvieron las entrañas; ver a su padre tendido en el suelo, vestido con chaqué impecablemente blanco, flor en el ojal y zapatos de charol inmaculado era lo de menos. Lo que hizo que se le saltaran las lágrimas era que nunca en su vida le había visto aquella expresión de felicidad plena, de amor entregado, de juvenil lozanía. Por primera y única vez, lo había visto como él había soñado verlo en su infancia: feliz. La mujer que descansaba abrazada a él era una viejecita de facciones delicadas y arrugas marcadas de sinsabores, que revelaban sufrimientos ahora imposibles de descubrir. Su tenue sonrisa había sellado de amor la comisura de sus labios. Sí, también aquella desconocida anciana irradiaba eso: felicidad. Por primera vez, Andreu Dolgut se dio

cuenta de que su padre había tenido sentimientos. Se quedó mudo, desnudo frente a los cadáveres, sin modular más que lágrimas. El inspector Ullada, respetando el amargo trago por el que pasaba el hombre, se alejó algunos pasos dejando claro con un gesto que no tenía prisa, que se tomara su tiempo. A fin de cuentas, pensó, no todos los días encuentran al padre de uno, muerto en ese estado tan lamentable.

—Estaban como una regadera —le dijo el inspector a su ayudante para matar el tiempo.

—El amor, hasta a los viejos enloquece —le contestó Bonifasi.

Pero Andreu no lloraba de dolor, sino de rabia; cólera contenida de ver felicidad en el rostro de su padre, algo que él aún no había experimentado, ni siquiera cuando en su juventud empezó a ganar los primeros dineros.

Aunque había llegado a ser el soltero más cotizado de los clubes de Barcelona y se había casado tardíamente, casi rozando los cuarenta, el amor no le llegó de golpe. Se lo buscó a la medida de sus intereses, planificando hasta el último detalle, seleccionando de entre lo más distinguido de la aristocracia barcelonesa a la hija menor de un gran banquero; la pieza más valiosa y apetecible para sus fines, que no eran otros que rodearse por fuera de lo que en su niñez había carecido: el respeto del tener.

Hubo boda por todo lo alto. El Círculo del Liceu, el Ecuestre, la realeza, la banca y hasta el obispo de la Seu d'Urgell acabó por officiar la misa a coros en la catedral de Barcelona.

Vivía en una espléndida torre de principios de siglo, magníficamente restaurada por Cinnamond, el mejor arquitecto del momento, en plena avenida Pearson. Tenía un hijo adolescente, tres perros dálmatas, cuatro sirvientes y una

mujer que gastaba todas las horas en el gimnasio, la peluquería y en la rue de Saint-Honoré de París, de donde se traía el vestuario de toda la familia.

A Andreu, la muerte de su padre, casi inexistente para el resto de la sociedad, lo ponía en un incómodo trance.

Pasado un buen rato, y viendo que no pronunciaba sílaba, el inspector Ullada lo interrumpió.

—Usted dirá qué hago con los difuntos...

La música continuaba sonando. Andreu, acostumbrado a mandar, le señaló el tocadiscos.

—Apague ese esperpento. No me deja pensar. ¿Ha indagado quién es... ella? —preguntó, señalando a la novia.

—Si no lo sabe usted, que es el hijo del novio... —le contestó Ullada con un punto de sarcasmo; empezaban a caerle gordas las ínfulas de aquel hombre.

El inspector ya había localizado, en el pequeño bolso de cocodrilo que había descubierto en la mesita de noche de la sombría habitación, la cartera con el carnet de identidad de la muerta, y había llamado insistentemente a un teléfono que encontró garabateado, sin obtener respuesta. Finalmente había dejado un mensaje con su número de móvil y la urgencia de ponerse en contacto con él, pero no le dio la gana de decírselo a Andreu. «Que se joda», pensó.

Soledad Urdaneta vivía sola en su piso del paseo de Colom, en un magnífico ático que había sido una lujosa vivienda cuando ella llegó de Colombia, en los años cincuenta, con olor a recién casada y con marido. Se había ido deteriorando con los años, y la falta de dinero había oscurecido los cobres imponentes de la puerta, las manijas modernistas y el finísimo trabajo de carpintería de caoba. Había ido vendiendo a anticuarios todos los muebles de valor, y ahora sólo le quedaban unas lámparas déco que conservaba como reliquias y una cabeza de niña en mármol, el rostro de ella

esculpido por Maillol, que su padre encargó desde Bogotá como regalo de primera comunión, y del que le dolía demasiado desprenderse.

Toda su vida habían sido mieles y hieles. Las amarguras del destierro forzoso, la lejanía de su patria y el acomodarse a una tierra de estaciones, a fríos y a soledades, y a un idioma que no era el suyo, no hacían más que vaciarle el alma, aún más de lo que se la habían vaciado los amores. A pesar de tener aquel Mediterráneo encrespado de museлина azul frente a sus inmensos ventanales, Soledad Urdaneta no podía alegrarse, pues éste sólo le traía, con las olas, los murmullos de la negación de toda su vida.

Al casarse su hija, quiso llevársela consigo, rogándole que vendiera el piso y fuera a vivir con ellos, pero sabía que sería un incordio para una pareja con ganas de arrumacos; ella no era más que una vieja con los ojos idos y muertos de tristeza. Así que decidió permanecer en su silla, meciéndose y bordando, mirando al mar día y noche... Soñando.

La voz estridente de Conchita Marededeu interrumpió el silencio del piso de Dolgut; volvía a husmear desde la puerta tratando de pescar algún chisme gordo para el vecindario. Con la disculpa de haber recordado un dato de importancia, logró captar la atención de los policías.

—Hace algo más de un mes vi al señor Joan hablando con el butanero —mientras lo decía, desvistió de un tirón con la mirada a Andreu, que se encontraba al final del pasillo. Por aquellos barrios no se veía gente tan acicalada y de tan buen porte.

—¿Algo más? —la increpó Ullada.

—Ah... Montsita, la panadera, lo vio hablando muy animado con una mujer, y eso que él era de pocas palabras, porque ni los buenos días daba. Hay que ver qué poca ur-